

el principio de la guerra turca en 1877; durante todo este tiempo, las más escandalosas dilapidaciones de la Hacienda pública, así como de los bienes de la corona, de los estados confiscados en Lituania después de la insurrección, de las tierras de Barhkir en Oremburgo y otras, se efectuaban en grande escala. Algunas de estas «irregularidades» fueron posteriormente descubiertas y juzgadas públicamente por el Senado, que actuaba como alto Tribunal Supremo, después que Potápoff perdió el juicio, y Trépoff fué reemplazado, procurando sus rivales en palacio presentarlos á la vista de Alejandro tales como eran. En una de estas investigaciones judiciales se vino á saber que, un amigo de Potápoff había del modo más vergonzoso robado sus tierras á los campesinos de un estado de Lituania, y después, apoyado por sus amigos en el ministerio de la Gobernación, consiguió que los aldeanos que pidieron justicia fueran presos, apaleados bárbaramente, y fusilados por la tropa; siendo esta una de las narraciones de este género más repugnantes que se encuentran en los anales rusos, á pesar de que en ellos tanto abundan robos semejantes. Sólo después que Vera Zasúlich disparó contra Trépoff, hiriéndole (para vengar el que por orden suya hubieran apaleado á un preso político en la prisión), fué cuando las inmoralidades de Potápoff y sus paniaguados llegaron á ser bien conocidas y él despedido. Creyéndose que iba á morir, Trépoff hizo testamento, por lo cual se supo que este hombre, quien había hecho creer al zar que moría pobre, á pesar de haber ocupado muchos años el puesto lucrativo de jefe de la policía de San Petersburgo, dejó en realidad á sus herederos una fortuna considerable. Algunos cortesanos se lo participaron á Alejandro II. Trépoff perdió su crédito, y entonces fué cuando algunas de las indignidades del partido de los Shuváloff-Potápoff y Trépoff se presentaron ante el Senado.

El pillaje á que se entregaban en todos los ministerios, especialmente en relación con los ferrocarriles y toda clase de empresas industriales, era verdaderamente enorme, habiéndose hecho en aquella época inmensas fortunas. La marina, según el mismo emperador dijo á uno de sus hijos, «se hallaba en los bolsillos de unos y otros». El costo de los ferrocarriles garantizados por el Estado, era, indudablemente, fabuloso, y en cuanto á empresas mercantiles, se sabía públicamente que no había manera de fundar ninguna, á menos que un determinado tanto por ciento sobre los dividendos no se prometiera á varios funcionarios de los diferentes ministerios. A un amigo mío que intentaba montar una industria en San Petersburgo, le dijeron francamente en el ministerio de la Gobernación que tendría que pagar 25 por 100 del producto neto á una persona determinada, 15 á otra en el ministerio de Hacienda, 10 á otra en el mismo ministerio, y 5 por 100 á una cuarta.

El trato se hacía sin reserva alguna, teniendo de ello conocimiento Alejandro II; sus propias observaciones escritas en las Memorias del interventor general, lo atestiguan bien claramente, pero como veía en los bandidos sus protectores contra la revolución, los mantenía en sus puestos hasta que los robos producían un escándalo monumental.

Los grandes duques jóvenes, con excepción del presunto heredero, más tarde Alejandro III, quien fué siempre un económico *pater familias*, seguían el ejemplo de su padre; las orgías que uno de ellos solía

celebrar en un pequeño restaurant del Neusky Prospekt eran tan degradantemente notorias, que una noche el jefe de policía tuvo que intervenir amenazando al dueño con enviarlo á Siberia si jamás volvía á admitir en su «salón gran duque» á éste. «¡Imaginad mi perplejidad — me decía dicho hombre en una ocasión, cuando me enseñaba ese local, cuyas paredes y techo se hallaban forrados de gruesos cojines de satén —; de un lado tenía que ofender á un miembro de la familia real, que podría hacer de mí lo que quisiera, y del otro, el general Trépoff me prometía mandarme á Siberia! Pero, como es natural, hice lo que éste me ordenaba, pues, como sabéis, el general es ahora omnipotente». Otro de los grandes duques se hizo sospechoso por sus costumbres, que pertenecen al dominio de la psicopatía, y un tercero fué desterrado á Turquestán, después de haber robado los diamantes de su madre.

La emperatriz María Alexandrovna, abandonada por su marido, y probablemente horrorizada del giro que tomaba la vida de la corte, se hizo cada vez más devota, y pronto cayó en manos del capellán mayor de palacio, representante de un tipo completamente nuevo en la Iglesia rusa: el jesuítico. Este género de clero acicalado y corrompido, realizó rápidos progresos en aquella época; ya trabajaba enérgicamente y con éxito para convertirse en una potencia del Estado y apoderarse de las escuelas.

Se ha demostrado una y otra vez, que el bajo clero en Rusia se halla tan ocupado con sus funciones — bautismos, casamientos, administrar la comunión á los moribundos y otras cosas por el estilo —, que sus miembros no pueden dedicarse con provecho á la enseñanza. Aun cuando le paguen en el pueblo por dar lección de religión y moral en la escuela pública, el cura, generalmente, le cede á otro el cargo, por falta de tiempo disponible. Sin embargo, el alto clero, explotando el odio de Alejandro II hacia el llamado espíritu revolucionario, empezó su campaña para poner mano en las escuelas. «No haya más enseñanza que la eclesiástica», fué su divisa; y aunque toda Rusia reclamaba educación, ni aun la ridícula é insignificante cantidad de cuatro millones de duros incluidos anualmente en el presupuesto para las escuelas primarias, llegaban á invertirse por el ministro de instrucción pública, mientras que, casi otro tanto se daba al Sinodo como auxilio para establecer escuelas bajo la dirección de los párrocos, muchas de las cuales existieron y figuran todavía solamente en el papel.

V.

Cuando dejábamos á Siberia, hablábamos con frecuencia mi hermano y yo de la vida intelectual que encontraríamos en San Petersburgo, y de las interesantes relaciones que esperábamos contraer en los círculos literarios, lo que en verdad logramos, lo mismo entre los radicales que entre los eslavófilos moderados; pero debo confesar que no llenaron nuestras aspiraciones. Encontramos muchos hombres excelentes — éstos no son raros en Rusia —; pero no respondían completamente á nuestro ideal del escritor político; los mejores, como Chernyshevsky, Mikháiloff y Lavroff, se hallaban desterrados ó presos en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, cual ocurría con Pisareff, en tanto

que otros, impresionados por lo sombrío de la situación, habían cambiado de ideales, inclinándose ahora hacia una especie de absolución paternal, y los más, á pesar de no haber abjurado de sus ideas, se habían hecho tan cautos en expresarlas, que su prudencia tenía visos de deserción.

En el período efervescente del partido reformista, casi todos los que pertenecían á los círculos literarios avanzados habían tenido algunas relaciones, ya con Hérzen ó con Turguéneff y sus amigos, ó bien con las sociedades secretas Gran Rusa ó Tierra y Libertad, que tenían en aquel tiempo una existencia próspera, mientras que ahora esos mismos hombres hacían cuanto en su mano estaba por ocultar sus antiguas simpatías todo lo más posible, á fin de no aparecer, por ningún concepto, sospechosos.

Una ó dos de las Revistas liberales que se toleraban en aquel tiempo, debido principalmente al gran talento diplomático de sus directores, contenían trabajos excelentes, en los que se mostraba la creciente miseria y la desesperada condición de la masa de los agricultores, haciendo patentes los obstáculos que se acumulaban en el camino del progreso. La narración de estos hechos bastaba por sí sola para engendrar la desesperación; pero nadie se atrevía á indicar un remedio ni proponer ninguna acción para salir de un estado de cosas que se consideraba irremediable. Algunos escritores abrigaban aún la esperanza de que Alejandro II volviera una vez más á asumir el carácter reformista; pero para la mayoría, el temor de ver sus publicaciones suprimidas y al director y redactores camino del destierro, era una idea que dominaba á todas las demás. El miedo y la esperanza los tenían igualmente paralizados.

Cuanto más radicales habían sido diez años antes, tanto mayor eran sus temores; mi hermano y yo fuimos muy bien recibidos en uno ó dos círculos literarios, á los que concurríamos algunas veces; pero desde el momento que la conversación empezaba á perder su carácter trivial, ó mi hermano, que tenía mucha facilidad para llamar la atención sobre cuestiones interesantes, la dirigía hacia el estado del país, ó respecto al de Francia, donde Napoleón III rápidamente preparaba su caída en 1870, era indudable había de ocurrir alguna interrupción: «¿Qué opináis, caballeros, de la última representación de *La bella Elena?*» ó «¿Qué os parece tal ó cuál pescado?», preguntaba en alta voz una de las personas de más edad, y la cuestión sería quedaba cortada.

Fuera de los referidos centros, la situación era aún peor en el año 60; Rusia, y en particular San Petersburgo, estaba llena de hombres de ideas avanzadas, que parecían dispuestos en aquella época á hacer cualquier género de sacrificio por la causa que defendían; «¿qué ha sido de ellos?, ¿dónde están?», yo me preguntaba; y si tropezaba con alguno, invariablemente había de oír estas palabras: «¡Prudencia, joven! El hierro es más fuerte que la paja. No se puede derribar un muro con la cabeza», y otros innumerables proverbios parecidos, que por desgracia tanto abundan en la lengua rusa, y de los cuales habían formado un código de filosofía práctica. — Nosotros ya hemos hecho algo, no hay que pedirnos más — ó — tener paciencia; esto no puede durar —, era todo lo que nos decían, mientras que nosotros, los jóvenes, nos hallábamos dispuestos á renovar la lucha, á acudir á la acción, á sacrifi-

carlo todo, si era necesario, y sólo le pedíamos un consejo, una guía, alguna ayuda intelectual.

Turguéneff ha exhibido en *Humo* algunos de esos ex reformadores procedentes de las capas más elevadas de la sociedad, y su cuadro es verdaderamente desconsolador; pero en las impresionables y apasionadas novelas y trabajos literarios de madame Kohanovskiy, que escribió bajo el seudónimo de «V. Krestauskiy» (no se la debe confundir con otro novelista llamado Vsévalad Krestauskiy), es donde se pueden seguir y apreciar los variados aspectos que la degradación de los «liberales del 60» revistió en aquel tiempo.

«El placer de vivir» — tal vez el de haber sobrevivido á la catástrofe — vino á ser su dios desde el momento que la multitud anónima, que diez años antes constituía el nervio del movimiento reformista se negaba á oír hablar más de «todo ese sentimentalismo», corriendo á participar de las riquezas que venían á llenar las manos de los «hombres prácticos».

Muchos nuevos medios de hacer fortuna habían aparecido desde que se abolió la esclavitud, y las gentes se lanzaban con avidez por tales vías; los ferrocarriles se construían con ardor febril en Rusia; á los Bancos particulares recién fundados, acudían como moscas los terratenientes á hipotecar sus fincas; los notarios y abogados particulares acabados de establecerse en las audiencias, disfrutaban de rentas importantes; las Compañías por acciones se multiplicaban con sorprendente rapidez, y sus promotores florecían. Una clase de hombres que anteriormente hubiera vivido en el campo con la modesta renta de una pequeña propiedad, cultivada por un centenar de siervos, ó del salario más modesto aun de un funcionario civil de poca categoría, ahora hacían fortuna ó gozaban de tales rentas como las que en tiempos de la servidumbre sólo podían tener los grandes propietarios territoriales.

Los gustos mismos de la «sociedad» se iban rebajando cada vez más; la ópera italiana, en otro tiempo foro de las demostraciones radicales, estaba ahora desierta; la rusa, que timidamente venía afirmando el derecho de sus grandes compositores, se veía sólo frecuentada por algunos entusiastas aficionados. Ambas eran calificadas de «insípidas» y la crema de la Sociedad de San Petersburgo acudía á un teatro vulgar, donde las estrellas de segundo orden de los pequeños teatros de París conquistaban fáciles laureles de sus admiradores los oficiales de la guardia, ó iba á ver *La belle Hélène*, que se representaba en la escena rusa, mientras que nuestros dramáticos se relegaban al olvido. La música de Offenbach era la preferida, la suprema.

* * *

Hay que decir, sin embargo, que la atmósfera política era tal, que los hombres de buena voluntad tenían razones, ó al menos excusas de consideración para permanecer retraídos. Después de haber disparado Karakózzoff contra Alejandro II, el Abril de 1866, la policía de Estado se había hecho omnipotente; toda persona sospechosa de «radicalismo», se hubiera ó no metido en algo, tenía que vivir constantemente bajo la amenaza de ser el mejor día arrestada, tan sólo por haber

demostrado alguna simpatía á tal ó cual persona complicada en cuestiones políticas, ó bien por alguna carta encontrada en un registro nocturno, ó simplemente por sus « peligrosas » opiniones; y la prisión política podía lo mismo significar años de reclusión en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, que destierro á la Siberia, ó tormentos en los calabozos de aquélla.

Este movimiento de los círculos Karakózzoff ha permanecido muy poco conocido hasta en la Rusia misma. Yo estaba en aquel tiempo en Siberia, y sólo lo conozco de oídas. Parece, sin embargo, que dos corrientes distintas se combinaban en él: una de ellas fué el principio de ese gran movimiento popular que posteriormente tomó tan formidables dimensiones; en tanto que la otra era principalmente política. Grupos de jóvenes, algunos de los cuales se hallaban en camino de ser brillantes profesores de Universidad, ú hombres notables como historiadores ó etnógrafos, se habían formado por el 64, con la intención de instruir y educar el pueblo, á pesar de la oposición del gobierno; ellos fueron como simples artesanos á los grandes centros industriales, fundando allí sociedades cooperativas y escuelas populares, con la esperanza de que, á fuerza de tacto y paciencia, podrían llegar á educar á los trabajadores, creando así los primeros núcleos de donde mejores y más elevadas concepciones irradiarían gradualmente entre las masas. Su abnegación era muy grande; considerables fortunas se pusieron al servicio de la causa, y me siento inclinado á creer que, comparado con todos los movimientos similares que más tarde tuvieron lugar, este fué el que tal vez se hallaba fundado en una base más práctica, estando, indudablemente, sus iniciadores bastante próximos á la clase productora.

De la otra, guiados por varios miembros de esos círculos, entre los que se encontraban Karakózzoff, Iskútin y sus más íntimos amigos, la acción tomó una dirección determinada. Durante los años que mediaron del 62 al 66, la política de Alejandro II asumió un carácter decididamente reaccionario; rodeado de los hombres más retrógrados, tomándolos como sus inmediatos consejeros, las reformas mismas que constituyeron la gloria del principio de su reinado, eran ahora substituídas por leyes adicionales y circulares de los ministros; la vuelta al pasado, más ó menos encubierta, era lo que francamente se esperaba en el antiguo campo, no creyendo nadie en aquella época que la reforma principal — la abolición de la servidumbre — pudiera resistir los asaltos dirigidos contra ella desde el mismo Palacio de Invierno. Todo lo cual debió influir en el ánimo de Karakózzoff y su amigos, haciéndoles comprender que la continuación del reinado de Alejandro II sería una amenaza, hasta para lo poco que se había conseguido, y que Rusia tendría que volver á los horrores de Nicolás I, si aquél continuaba gobernando. Al mismo tiempo se abrigaban grandes esperanzas — esta es « una historia á menudo repetida y siempre nueva » — respecto á las tendencias liberales del heredero al trono y su tío Constantino. Debo también decir que, antes del 66, tales temores y consideraciones parecidas se expresaban frecuentemente en círculos mucho más elevados de los que parece frecuentaba Karakózzoff. De todos modos, lo cierto es que éste disparó un día sobre Alejandro II en el momento que salía del jardín de verano para tomar su carruaje; pero no le dió y fué preso en el acto.

Katkoff, el jefe del partido reaccionario de Moscou, gran maestro en el arte de sacar partido de cualquier acontecimiento político, acusó en el momento á todos los radicales y hombres de ideas libres de complicidad en el atentado — lo que indudablemente no era cierto —, insinuando en su periódico y haciendo que toda la ciudad lo creyera, que Karakózzoff había sido un mero instrumento en manos del gran duque Constantino, jefe del partido liberal en los círculos elevados. Puede imaginarse hasta qué punto los dos gobernantes, Shuváloff y Trépoff explotarían estas acusaciones y los temores que ellos despertaron en Alejandro II.

Mikhael Muravioff, que había conquistado durante la insurrección polaca el apodo de *Verdugo*, recibió órdenes de hacer una investigación muy minuciosa y descubrir por todos los medios posibles la conjura cuya existencia se suponía. El, de acuerdo con tales instrucciones, prendió á diestro y siniestro en todas las clases de la sociedad, disponiendo centenares de registros y jactándose de que « encontraría el medio de hacer á los presos más comunicativos ». No era ciertamente de los hombres que retroceden ni aún ante la tortura, y la opinión pública en San Petersburgo estaba casi unánime en afirmar que Karakózzoff había sido atormentado para obtener de él declaraciones; pero que no hizo ninguna.

Los secretos de Estado se guardan bien en las fortalezas, especialmente en esa gran masa de piedra enfrente del Palacio de Invierno, que tantos horrores ha presenciado, dados á luz sólo recientemente por los historiadores; allí conserva todavía los secretos de Muravioff; pero lo siguiente tal vez arroje alguna claridad sobre este asunto:

En 1866 yo estaba en Siberia: uno de nuestros oficiales que viajaba de Rusia á Irkutsk, hacia el fin de aquel año, encontró en uno de los paradores dos gendarmes, quienes habían acompañado á Siberia á un empleado desterrado por robo, y volvían al punto de partida. El primero, que era un hombre muy campechano, al verlos tomando te en una fría noche de invierno, se sentó á su lado, poniéndose á conversar con ellos mientras se cambiaban los caballos; uno de los gendarmes había conocido á Karakózzoff.

« Era un hombre listo, era — dijo él —; cuando estaba en la fortaleza, nos ordenaron á una pareja que se relevaba cada dos horas, no dejarle dormir. Así es que lo teníamos sentado en un banquillo, y en el momento que empezaba á dar cabezadas, lo sacudíamos para espabilarlo... — ¿Qué queréis? — preguntaba; y nosotros contestábamos: « ¡Cumplimos con lo que se nos ordena!... » Y mirad si era vivo: se sentaba con las piernas cruzadas, columpiando una de ellas, para hacernos creer que estaba despierto, y mientras tanto echaba un sueñecito sin dejar de mover la pierna; pero pronto descubrimos la treta, comunicándoselo á los que nos relevaron; de modo que se le sacudía y despertaba de cuando en cuando, agitara la pierna ó no. « ¿Y cuánto duró eso? » le preguntó mi amigo — Oh, muchos días; más de una semana ».

El carácter cándido de esta descripción es en sí misma una prueba de veracidad; no es posible fuera inventada; y que se torturó á aquél hasta ese extremo, puede considerarse como indudable.

Quando ahorcaron á Karakózzoff, uno de mis antiguos compañeros del Cuerpo de pajes, se hallaba presente en la ejecución con su regi-

miento de coraceros. « Al sacarlo de la fortaleza — me dijo mi amigo — y verlo sentado en la alta plataforma del carro, que trepidaba al pasar por los glacia de aquella, mi primera impresión fué que lo que conducían al patíbulo era un muñeco de goma elástica, y que Karakózzoff ya había muerto. Imaginad que la cabeza, las manos y todo el cuerpo, se hallaba completamente relajado, como si no existieran los huesos, ó como si éstos hubieran sido todos quebrantados. Era terrible ver aquello y pensar lo que significaba. Cuando los soldados lo bajaron del carro, vi que movía las piernas y hacía desesperados esfuerzos para andar y subir las gradas del cadalso; de modo que no era un maniquí ni se puede decir que había perdido el conocimiento. Todos los oficiales quedaron sorprendidos de aquello que ninguno se acertaba á explicar ». Sin embargo, al hacerle observar que tal vez el reo habría sido atormentado, se le subió la sangre al rostro y contestó: « Eso mismo pensamos todos ».

La falta de sueño durante semanas enteras sería por sí solo suficiente para explicar el estado en que, aquel hombre tan fuerte desde el punto de vista moral, se encontraba en el momento de la ejecución. Yo puedo agregar, por mi parte, que tengo la completa seguridad de que, al menos en caso determinado, se administraron drogas á un preso de la fortaleza, Adrián Salviroff, en 1879. ¿Limitaría Muravioff sólo á esto la tortura? ¿Se le prohibió que pasara más adelante, ó no? Lo ignoro; pero esto al menos sé: que á menudo oí decir á altos funcionarios en San Petersburgo que en este caso se llegó á apelar al tormento.

* * *

Muravioff había prometido el desarraigar todo elemento radical en San Petersburgo, y todos los que tenían, más ó menos marcados, algunos antecedentes radicales, vivían ahora bajo el temor de caer el día menos pensado en las garras del opresor, por lo que procuraban, sobre todo, vivir alejados de los jóvenes, por miedo de verse envueltos con ellos en alguna peligrosa asociación. De este modo, había una zanja abierta, no sólo entre los « padres » y los « hijos », como Turguéneff lo ha descrito en su novela; no sólo entre las dos generaciones, sino también entre todos los hombres que pasaban de treinta años y los que se hallaban en los veinte. La juventud rusa se encontraba, por consiguiente, en el caso, no sólo de tener que combatir en sus padres á los defensores de la servidumbre, sino en el de verse abandonados asimismo por sus hermanos mayores, que se negaban á secundarles en sus aspiraciones hacia el socialismo, y hasta temían prestarles ayuda en la contienda á favor de más libertad política. ¿Ha habido jamás en la Historia — me pregunto á mí mismo — una juventud empeñada en lucha titánica con tan formidable enemigo, que se haya visto tan abandonada, no sólo de sus padres, sino aun de sus hermanos mayores, á pesar de que esos jóvenes no hubieran cometido más falta que tomar á pecho y procurar llevar á la práctica la herencia intelectual de estos mismos padres y hermanos? ¿Se ha empeñado jamás un combate en condiciones más trágicas que éstas?

VI.

El único punto brillante que vi en la vida de San Petersburgo, fué el movimiento que tenía lugar entre la juventud de ambos sexos. Varias corrientes convergieron para producir la poderosa agitación, que pronto tomó carácter secreto y revolucionario, embargando la atención de Rusia durante los quince años posteriores. De ella hablaré en uno de los capítulos siguientes, limitándome ahora sólo á mencionar el movimiento emprendido á la luz del día por nuestras mujeres, con el objeto de tener acceso á una educación superior, y del cual era San Petersburgo en aquella época el centro principal.

Todas las tardes, la joven esposa de mi hermano, al volver de la escuela normal de maestras á que concurría, tenía algo nuevo que contarnos respecto á la animación que allí se advertía; presentándose proyectos para abrir una academia de Medicina y Universidades femininas; organizándose debates sobre las escuelas y métodos de enseñanza relacionados con el curso, tomando centenares de mujeres un interés apasionado en estas cuestiones, discutiéndolas una y otra vez en sus reuniones privadas. Se formaron sociedades de traductoras, editoras, impresoras y encuadernadoras, á fin de proporcionar trabajo á las más pobres de la hermandad, que afluían á la capital, dispuestas á hacer todo lo que se presentara, alentando tan sólo la esperanza de que, también ellas algún día podrían adquirir más instrucción. En esos centros reinaba una vida poderosa y exuberante, contrastando notablemente con lo que en otras partes vi.

Desde que el gobierno se mostró resuelto á no admitir mujeres en las Universidades, ellas habían concentrado todos sus esfuerzos con el propósito de abrir otras para su uso particular. Se había dicho en el ministerio de Instrucción pública, que las jóvenes que habían recibido la segunda enseñanza en los Institutos destinados á su sexo no estaban preparadas para los cursos de la Universidad, á lo cual contestaron: « Perfectamente; permitidnos abrir clases intermedias preparatorias para la Universidad, é imponednos el programa que más os agrade; no pedimos subvención alguna del Estado; dadnos sólo el permiso, y lo demás corre de nuestra cuenta ». Pero, como era de esperar, aquél no se concedió.

Entonces organizaron cursos privados y conferencias de salón en todos los barrios de la ciudad. Muchos profesores de Universidad, simpatizando con el nuevo movimiento, se ofrecieron á dar lecciones sin retribución alguna, y, á pesar de ser pobres, se mostraron en este punto intransigentes. Excursiones de ciencias naturales se efectuaban todos los veranos en las inmediaciones de San Petersburgo, bajo la dirección de catedráticos de la Universidad, en las que el elemento femenino estaba en mayoría. En los cursos de matronas, obligaban á los profesores á tratar cada materia con mucha más extensión de la exigida en el programa, ó á abrir cursos adicionales. De todo, hasta de los detalles más insignificantes, se aprovechaban para quebrantar la fortaleza y penetrar en su recinto. Llegaron á ser admitidas en el laboratorio anatómico del viejo Dr. Gruher, y por su admirable trabajo ganaron á su

causa á tan entusiasta anatómico. Si se enteraban de que un profesor no tenía inconveniente en dejarlas trabajar en su laboratorio los domingos, y de noche los demás días, al momento aceptaban la oferta.

Al fin, no obstante toda la oposición del ministerio, abrieron los cursos intermedios, á los que cambiaron únicamente el nombre, dándoles el de clases pedagógicas. ¿A caso era posible prohibir á las futuras madres que estudiaran los sistemas de instrucción? Pero como los de enseñar la botánica ó matemáticas no podían darse á conocer en abstracto, éstas, como otras ciencias, fueron introducidas entre el número de conocimientos de los cursos pedagógicos, que vinieron á ser preparatorios para la Universidad.

Paso á paso, iban las mujeres, de este modo, ensanchando sus conocimientos y afirmando sus derechos. En cuanto tuvieron noticias de que en cierta Universidad alemana un profesor determinado abría su clase á algunas de ellas, otras llamaron á su puerta y fueron admitidas. Estudiaron Derecho é Historia en Heidelberg, y matemáticas en Berlin; en Zurich más de cien mujeres, jóvenes y adultas, estudiaban en la Universidad y en la escuela Politécnica, ganando allí algo que vale más que el grado de doctora en Medicina: el aprecio y la estimación de los catedráticos más ilustrados, quienes lo expresaron públicamente varias veces. Cuando fui á esta última ciudad en 1872 y vine á conocer algunas de las estudiantas, me quedé admirado al ver á jóvenes, casi niñas, que seguían un curso en la escuela Politécnica, resolver intrincados problemas de la teoría del calor, con ayuda del cálculo diferencial, con tanta facilidad como si hubieran estudiado años enteros matemáticas. Una de las muchachas rusas que estudió dicha asignatura en Berlín, en la clase de Weierstrass, llamada Sofía Kovaleuski, llegó á conquistar tanta fama como matemática, que fué invitada á ocupar una cátedra en Stokolmo; siendo ella, según creo, la primera mujer en nuestro siglo que ha ocupado tal puesto en una Universidad de hombres. Tan joven era, que en Suecia todos la llamaban por su diminutivo nombre de Sonya.

A pesar del odio que abiertamente profesaba Alejandro II á las mujeres instruidas — cuando encontraba en sus paseos una joven con lentes y gorra redonda garibaldina, empezaba á temblar, pensando si sería una nihilista que venía á molestarlo —, no obstante la encarnizada oposición de la policía de Estado, que calificaba á todas las que estudiaban de revolucionarias, y á pesar de los dardos y de las viles acusaciones que Katkoff lanzaba contra el movimiento en general en casi todos los números de su envenenado periódico, las mujeres consiguieron, en las barbas mismas del gobierno, abrir una serie de Institutos de segunda enseñanza. Cuando varias de ellas obtuvieron el grado de doctoras en el extranjero, obligaron al gobierno ruso en 1872 á que les permitiera abrir una academia de Medicina con sólo sus propios recursos, y cuando aquél llamó á las que estaban en Zurich, para evitar se relacionaran con los refugiados políticos, alcanzaron que las dejara establecer en el país cuatro Universidades femeninas, que pronto llegaron á tener mil alumnas. Parece como increíble, pero es un hecho real, que, sin embargo de todas las persecuciones por las que la academia de Medicina para la mujer tuvo que pasar, y su clausura temporal, haya ahora en Rusia más de seiscientos setenta practicando la medicina.

* * *

Fué ciertamente un gran movimiento, asombroso por su resultado y altamente instructivo; sobre todo, á la ilimitada abnegación de una agrupación de mujeres de todas clases y condiciones fué á la que se debió el éxito obtenido; habiendo ya servido como hermanas de la caridad en la guerra de Crimea, de organizadoras de escuelas después, de asiduas maestras en los pueblos, y como matronas instruidas y ayudantas médicas entre los campesinos. Más adelante fueron, como médicas y enfermeras, á los hospitales invadidos por las fiebres durante la guerra turca de 1878, conquistando la admiración de los jefes militares y del mismo Alejandro II. Conozco á dos señoras, ambas muy « buscadas » por la policía de Estado, que sirvieron de enfermeras durante la guerra bajo seudónimos, teniendo como garantía pasaportes falsos; una de ellas, la más « criminal » de las dos, que había tomado una parte importante en mi fuga, fué nombrada encargada de la enfermería en un gran hospital de soldados heridos, en tanto que su amiga estuvo á punto de morir de fiebre tifoidea; en suma: las mujeres acudieron á cualquier cosa, por humilde que fuera en la escala social, y sin reparar en privaciones, con tal de poder ser de algún modo útiles al pueblo, y esto no en corto número, sino por centenares y miles. Ellas *conquistaron* sus derechos en el verdadero sentido de la palabra.

Otro rasgo de este movimiento era que en él la sima entre las dos generaciones — las hermanas mayores y menores — no existía, ó al menos había sido en gran parte cegada. Las que habían sido las iniciadoras del movimiento desde su origen, jamás rompieron los lazos fraternales que las unían á las demás, aun cuando las más modernas tuvieran ideas más avanzadas que las suyas.

Animadas por sentimientos levantados, aunque se mantuvieron ajenas á toda agitación política, nunca cometieron el error de olvidar que su verdadera fuerza se encontraba en las masas de las jóvenes, de las cuales un gran número ingresaron finalmente en los círculos radicales ó revolucionarios. Estas directrices eran la corrección misma; en mi concepto lo fueron demasiado; pero no cortaron las relaciones que las ligaban con aquellas de las más jóvenes que iban por todas partes como nihilistas típicas, con el cabello corto, desdénando el crinolín, y revelando su carácter democrático en todos sus actos. Y aunque las más graves no se confundieron con ellas, y algunas veces hubo rozamientos, jamás las repudiaron tampoco; cosa importante, según creo, en aquellos tiempos de locas y feroces persecuciones.

Parecía como si dijieran al elemento joven y más democrático: « usaremos nuestros trajes de terciopelo y nuestro clásico peinado, porque tenemos que tratar con necios que dan á las apariencias una importancia excepcional; pero vosotras, las jóvenes, quedáis en libertad de proceder según vuestros gustos é inclinaciones ». Cuando las que estudiaban en Zurich recibieron orden del gobierno ruso de volver, estas correctas señoras no rompieron con las que se rebelaban, limitándose á decir al gobierno: « ¿No os acomoda que estudiemos aquí? Pues bien; abrid Universidades femeninas en el interior; de lo contrario, nuestras hijas

irán al extranjero en mayor número aún, y claro es que entrarán en relaciones con los emigrados políticos». Cuando se les acusaba de fomentar la revolución y eran amenazadas con el cierre de sus academias y Universidades, contestaban: «Sí, es verdad que muchas estudiantas se hacen revolucionarias; ¿pero acaso es eso motivo para suprimir la instrucción?» ¡Qué pocos jefes de partidos tienen el valor moral de no renegar del elemento más avanzado de su misma agrupación política!

El secreto real de su acertada y á feliz término conducida actitud, fué que ninguna de las mujeres que constituyeron el alma del movimiento era mera feminista, deseando tan sólo una participación en los privilegios que disfrutaban las clases superiores en la sociedad y en el estado; lejos de eso, las simpatías de la mayoría de ellas eran á favor de las masas. Recuerdo la parte tan activa que la señorita Stásova, la más veterana de la agitación, tomó en la cuestión de las escuelas dominicales en 1861; la amistad que ella y sus compañeras contrajeron con las jóvenes trabajadoras de las fábricas; el interés que se tomaron por ellas y el combate que sostuvieron con sus codiciosos patrones. No he olvidado el mejor deseo que estas mujeres manifestaron en las academias pedagógicas, en las escuelas de los pueblos y en los trabajos de los pocos que, como el barón Korff, pudieron durante algún tiempo hacer algo en tal dirección, y, finalmente, en el carácter social que palpitaba en todo el movimiento. Los derechos por que luchaban, tanto las que formaban á la cabeza como la gran mayoría de las iniciadas, no era sólo el individual á una instrucción más superior, sino mucho, bastante más, el derecho de ser trabajadoras útiles entre el pueblo, entre las masas. De ahí el gran éxito que alcanzaron.

VII.

En el transcurso de los últimos años, la salud de mi padre había ido de mal en peor, y cuando mi hermano Alejandro y yo fuimos á verlo en la primavera del 71, nos dijeron los médicos que las primeras heladas del otoño se lo llevarían. Había seguido viviendo como antes, en el Staraya Konushennaya, pero en torno suyo todo había variado en este barrio aristocrático: los ricos propietarios de siervos, que en un tiempo tanto se distinguían allí, ya no existían; después de haber gastado de muy mala manera el dinero de la redención, que recibieron al emanciparse los siervos, y de hipotecar una y otra vez sus estados en los nuevos Bancos territoriales que engordaban á su costa, se retiraron, al fin, al campo ó á alguna capital de provincia, para allí sumergirse en el olvido. Sus casas fueron ocupadas por «los intrusos» — comerciantes ricos y grandes industriales —, en tanto que, en el seno de casi todas las antiguas familias que aun permanecían en el barrio de los Viejos Caballerizos, una nueva vida luchaba por abrirse camino á través de las ruinas de la anterior. Un par de generales retirados que maldecían de todo lo nuevo, y se consolaban anunciando para Rusia una rápida y segura caída bajo el actual orden de cosas, ó algún pariente que casualmente le visitaba, eran todos los que ahora acompañaban á mi padre. De todas las muchas familias con quienes estábamos emparentados sólo en Moscou durante mi juventud, únicamente dos continuaron en

la capital, y éstas habían entrado por la corriente de las reformas, discutiendo las madres con sus hijos cuestiones como las de las escuelas populares y Universidades para mujeres. Mi padre las miraba con desprecio: mi madrastra y mi hermana menor, Paulina, que no había cambiado, hacían cuanto podían por animarlo; pero á su vez, se encontraban también molestas en el nuevo ambiente que las rodeaba.

Mi padre nunca había sido muy amable y afectuoso con mi hermano Alejandro; pero éste era incapaz de guardarle rencor: cuando entró en la habitación del enfermo, llenándola con la mirada profunda y tierna de sus grandes ojos azules y con una cariñosa sonrisa que revelaba la bondad de su corazón, procurando informarse de lo que podía hacer para que resultara menos penosa la situación, y ejecutándolo con tanta naturalidad como si siempre hubiese estado al lado de mi padre, éste se quedaba admirado; contemplándolo sin poder explicarse bien lo que pasaba. Nuestra visita reanimó aquella casa triste y sombría: la asistencia del enfermo se hizo más llevadera; mi madrastra, Paulina, los criados mismos cobraron más alientos, y mi padre tocó las consecuencias.

Había una cosa, sin embargo, que le intrigaba: hubiera querido vernos venir como hijos arrepentidos, implorando su ayuda; pero cuando intentaba dar ese giro á la conversación, nosotros le interrumpíamos diciendo jovialmente: «No os preocupéis de eso; nos arreglamos muy bien»; lo que hacía aumentar más su preocupación. El hubiese esperado una escena á la antigua; á los hijos pidiendo perdón y dinero; tal vez sintió que esto no ocurriera; pero nos miraba con más cariño. Al separarnos, los tres nos afectamos mucho; él parecía casi como si temiera volver á su triste soledad, entre el derrumbamiento de un sistema que durante su vida había procurado sostener; pero Alejandro tenía que volver á su obligación y yo marchar á Finlandia.

Cuando me llamaron de nuevo de allí á casa, corrí á Moscou, llegando en el momento que empezaba el servicio religioso en la misma Iglesia roja donde mi padre fué bautizado, y se entonaron las últimas plegarias por la memoria de su madre. A medida que el cortejo fúnebre recorría las calles, cuyas casas me eran tan familiares en mi infancia, noté que éstas habían cambiado poco, sabiendo, sin embargo, que en todas ellas había empezado un nuevo régimen de vida.

En la casa que antes perteneció á mi abuela paterna, después á la princesa Mirski, y ahora era del general N. — antiguo vecino del barrio, la hija única de la familia, mantuvo durante un par de años una terrible lucha contra sus buenos, pero obstinados padres, que la adoraban, mas no querían dejarla estudiar en los cursos de la Universidad que se había abierto para las señoras, en Moscou: al fin se le permitió concurrir á ellos, llevándola en elegante carruaje, bajo la inmediata vigilancia de su madre, quien valerosamente pasaba las horas sentada en los bancos entre las estudiantas, al lado de su querida hija; á pesar de lo cual, dos años después ésta ingresó en el partido revolucionario, fué presa, y pasó un año en la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

En la casa opuesta, los despóticos cabezas de familia, el conde y la condesa Z., se hallaban en ardiente lucha con sus dos hijas, quienes estaban cansadas de la monótona é inútil existencia que sus padres